

La relación entre hombres y libros se estudia en este capítulo. Después de examinar las características socioprofesionales de los españoles que dejaron libros entre sus bienes, el autor analiza las correlaciones entre los inmigrantes y los libros, de un examen cuantitativo en el que se incluyen los grados de fortuna de los inmigrantes y la inversión que hicieron en libros, procedió a examinarlos. Aquí, verdaderamente el autor reconstruye “los mundos del libro”, pues no sólo revisa los temas que cubrían: se puede hablar de 25.3% de libros laicos y de 30.2 de religiosos contra 44.4%, cuyos registros no ofrecen datos, sino que los clasifica y habla de los diferentes géneros de libros con ejemplos de los más sobresalientes, donde no faltan los de Erasmo, de Kempis, de fray Luis de Granada o de Nebrija. En resumen, el lector encontrará en el quinto capítulo una muy completa visión de la cultura libresca de los siglos XVI y XVII que circuló en las colonias españolas.

La influencia que ejercía el libro religioso se puede completar, al final, con el estudio que ofrece el autor de las 305 imágenes inventariadas, todas relacionadas con las devociones que se practicaban en esos siglos, tanto a Cristo como a la virgen María y a los santos.

De la misma manera que los cautivó a todos en los sesenta, la lectura de *Los libros del conquistador* de Irving A. Leonard, hoy en el año 2000 lo hará el libro de Carlos Alberto González.

Carmen CASTAÑEDA

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores  
en Antropología Social de Occidente*

Dominique GRESLE-POULIGNY: *Un plan pour Mexico-Tenochtitlan. Les représentations de la cité et l'imaginaire européen (xvi<sup>e</sup>-xviii<sup>e</sup> siècles)*. Préfacio de Jean-Pierre Berthe. Paris: L'Harmattan, 1999, «Recherches Amérique Latine», 364 pp. ISBN 2-7384-8521-9.

En un día claro de noviembre de 1519, Hernán Cortés y sus acompañantes llegaron a ese punto que separa al Popocatepetl del Iztaccíhuatl, los dos majestuosos volcanes que limitan al este la cuenca de México. A sus pies se desplegaba el territorio de Anáhuac, que para los occidentales era un mundo nuevo. Al se-

guir avanzando y con esa atmósfera entonces tan limpia, los efectos de la luz, los colores y esa sed de oro y plata tiñéndoles las pupilas, pronto divisaron emocionados la ciudad de México-Tenochtitlan. Alguno de estos hombres, cuya identidad sigue sin poderse conocer, con la visión maravillada y conmovida, se dio a la tarea de realizar unos esbozos o apuntes. Dicho "prototipo" llegó a Europa en 1521 y comenzó a circular en algunos medios hasta que paró en manos de un impresor, quien tomándolo como base y respetando las informaciones inicialmente contenidas, elaboró un plano de 32x30 cm. Se le incluyó en la edición hecha en Nuremberg en 1524 de la segunda y tercera *Cartas de Relación* escritas por Cortés, uno de cuyos ejemplares se conserva en la reserva de libros raros de la Biblioteca Nacional de Francia. Asimismo, forma parte de la edición de la tercera carta, fechada en ese año, pero en Venecia. En virtud de que la elaboración de dicho plano fue concebida por Cortés, aunque no lo haya hecho con sus manos, se le ha conocido con distintos nombres, aunque la autora opta por denominarlo "plano cortesiano" o "plano de 1524". Pero, ante todo, independientemente del nombre es el resultado del encuentro visual entre los europeos, con toda su carga cultural y su imaginario nostálgico y una realidad histórica y geográfica insólita.

El libro que ahora nos ocupa se centra en el análisis de dicha imagen a partir de la antropología y la arqueología, pero sobre todo se inserta en la historia de las civilizaciones. Dominique Gresle-Poulligny se apoya en sus conocimientos sobre esa visión europea que, con todo su acervo cultural, volteó sus ojos hacia el Nuevo Mundo e intentó desentrañar sus misterios, hacerlos entendibles, explicarlos y asirlos por medio de imágenes.

Los antecedentes historiográficos del libro se remontan a un estudio hecho en 1935, por Ignacio Alcocer, quien publicó una ampliación del plano y lo analizó. Posteriormente, Manuel Toussaint, Federico Gómez Orozco y Justino Fernández (1938) realizaron un examen más minucioso y lograron identificar la zona comprendida en el grabado sobre un mapa de la ciudad de este siglo, tomando como centro el Templo Mayor. También habría que mencionar otros trabajos como los de Erwin W. Palm (1966), Miguel León Portilla y Carmen Aguilera (1986 y 1990) y más recientemente Jeromé Monnet (1993). Pero ninguno de estos había entrado en tantos detalles.

En 1997 Gresle-Poulligny obtuvo su doctorado en historia y civilizaciones por la École des Hautes Études en Sciences Sociales

de París con una tesis en tres volúmenes, titulada “Le plan de Mexico-Tenochtitlan a la veille de la conquête espagnole: transmission et métamorphose d'une image”. El libro reseñado es la versión abreviada de dicha tesis y si bien sus capítulos no han sufrido alteraciones sustanciales, no puede decirse lo mismo respecto a su apoyo gráfico. Por la naturaleza del análisis emprendido, era necesaria la inclusión de un elevado número de ilustraciones, principalmente planos y mapas, grabados y viñetas, que conformaban el tercer volumen de la tesis. Sin embargo, por razones “editoriales”, la autora se vio obligada a hacer una selección de esos materiales, y dejó sólo unos cuantos que, si bien son representativos, no hacen justicia a la rica investigación que Gresle-Pouligny había realizado. Precisamente una parte del libro se destina a indagar las herencias que tuvo este mapa en términos de las representaciones gráficas de la ciudad de México. La autora enfatiza que fue reutilizado como apoyo de la cosmovisión que se proyectó sobre los efectos del descubrimiento. Si bien es cierto que se introdujeron modificaciones, en ocasiones nos da la impresión de que el imaginario se mantuvo casi estático durante muchos años y que en realidad, lo representado se convirtió en un estereotipo que fue seguido e imitado por los encargados de plasmar en forma gráfica a la capital del virreinato. Esta apreciación se constata al revisar las ilustraciones de este libro, o si se pasa la vista por el contenido del *Atlas histórico de la ciudad de México*, publicado en dos lujosos volúmenes por Sonia Lombardo y Yolanda Terán (1997-1998).

Gresle-Pouligny hace una relectura de “la imagen planográfica” a casi cinco siglos de su elaboración, apoyada en los descubrimientos arqueológicos más recientes. Así puede llegar a afirmar que es una representación realista de la ciudad, a partir de una observación *in situ*, ya que los elementos arquitectónicos ahí incluidos sí corresponden a su ubicación actual en el espacio urbano. Y mediante la división de la imagen en cuatro cuadrantes y la parte central, la autora puede escudriñar su contenido y descubrir las exactitudes y errores, pero sobre todo, los elementos que más llamaron la atención de los europeos y que quedaron atrapados en el grabado.

Con el análisis del plano queda demostrado que el lenguaje geográfico que exige la presencia de una escala y de una orientación no es tan antiguo ni tan universal, ya que ambos elementos no eran considerados de suma importancia en un documento de esta naturaleza elaborado a principios del siglo XVI, pero pre-

cisamente estas “carencias” le otorgan una sensibilidad muy peculiar. La escala es tal que no permite la representación de seres humanos y sin embargo, se pueden apreciar unos indígenas totalmente desproporcionados a bordo de unas canoas sobre el agua que circunda la ciudad. En el caso de la orientación, se ha podido identificar que el norte quedaría del lado derecho. Pero precisamente por su forma circular, el plano se puede leer desde distintos puntos, no sólo en función de una vista cardinal. Además, no hay que olvidar que en el mapa se aplicaron categorías que les eran conocidas tanto al autor de los apuntes como al grabador ya que no sólo se dibujaba lo que se veía, sino lo que se sabía. En ese sentido, México-Tenochtitlan se representaba como la Venecia del Nuevo Mundo porque ambas ciudades compartían su emplazamiento acuático. Pero también existía el referente cultural de El Cairo porque era un lugar grande y exótico o incluso Jerusalén por su carga bíblica.

La autora afirma que “este plano no responde a una construcción sensible, ideal o incluso fantasmal de un lugar simultáneamente visto y deseado. Corresponde a la proyección en un género figurativo controlado, de un sitio aprehendido en su espacio, su organización física y en los informes estructurales entre los diferentes componentes del tejido urbano”. La idea que subyace a lo largo del libro es que este plano cortesiano es la demostración de cómo se pasa de un modelo realista a una percepción simbólica ya que no sólo representa la verdad física del lugar, sino su experiencia.

Podríamos insertar este libro dentro de la historia de ideas y representaciones. Su primera parte está consagrada a la explicación de los contextos histórico y cultural del plano, mientras que la segunda, es el estudio descriptivo y analítico de su contenido, así como al seguimiento, a lo largo de los siglos siguientes, de la evolución sufrida por la representación de México-Tenochtitlan.

Un análisis como el emprendido por Gresle-Poulligny nos demuestra el vasto universo que está detrás de cada imagen que se plasma. La carga cultural de la autora resulta ventajosa para desentrañar su significado. Sería deseable que este libro, que ha tenido tan buena acogida entre el público francés, llegara a traducirse y publicarse en el lugar que analiza.

Verónica ZÁRATE TOSCANO  
*Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora*